

MEDICINA & HISTORIA

FASCICULO N.º 2 - MARZO 1964

XI. LA UNIVERSIDAD CARLISTA. LA UNIVERSIDAD DE CERVERA TRASHUMANTE: SU FUGAZ Y PRECARIA RESTAURACION EN SOLSONA Y SANT PERE DE LA PORTELLA.

El citado plan de enseñanza de 1836 ordena en su omisión el cierre definitivo de la Real Universidad de Cervera. Las mercedes de un rey duran poco. Si la gratitud de Felipe V dio a Cervera una Universidad, bastó la decisión y el decreto de un Gobierno para abolirla. La de Cervera nació, pues, como una Universidad «marcada» por el favor de un monarca y sustentando un determinado ideario político; y esta última es la mayor torpeza que puede cometerse en nombre de la cultura. La Universidad es algo permanente y universal, que debe situarse al margen de hechos e idearios políticos.

Cerrada oficialmente por Decreto la Universidad de Cervera, acogióse el espíritu de la Institución y de los hombres que la representaban, a la última coyuntura política que ofrecía España. Muerto Fernando VII, sin herencia masculina, su hermano Carlos Isidro levantó bandera de rebeldía, y se lanzó al campo con sus huestes. El Norte de España —las Vascongadas— y Cataluña fueron las provincias carlistas más representativas.

Parte del Claustro cerveriense con su Rector al frente se afiliaron al partido de Carlos V y tocados de su inalterable y secular obsesión, sublime y ridícula a la vez, de seguir con la Universidad, instaron y consiguieron por favor del Pretendiente la concesión de la Universidad carlista, a semejanza de la creada poco antes en Oñate en las provincias vascongadas.

Como poco les importaba plantar el lábaro de la cultura eligieron, para ello, la ciudad de Solsona con su noble portalón y cerco amurallado. Fue una Universidad de campaña, levantada en un recinto cercado y guarnecido que olía a pólvora, mientras vibraba por doquier el toque de cornetas de las compañías carlistas.

El acto inaugural tuvo lugar a las diez y media de la mañana del 29 de marzo de 1838 en la Iglesia de los Padres Dominicos; se celebró un solemne oficio cantado por la capilla de música de la Catedral, con asistencia del prelado de la Diócesis, el Presidente de la Junta carlista de Berga, el Gobernador del Corregimiento de Cervera, el claustro de Profesores con su Rector Bartolomé Torrabadella y el concurso de los estudiantes.

Poco duró la Universidad de Solsona. A los cuatro meses escasos de su instalación, el ejército liberal del Barón de Meer, entraba en la ciudad en el mes de julio del mismo año (1838); la Gran Cruz de Carlos III fue el premio conferido al Barón por su importante conquista.

Estudiantes y Claustro de Profesores huyeron y se refugiaron en la alta montaña. Y allí, sin claudicar su ideal, con tesonera pasión, decidieron establecer la Universidad en el antiguo Monasterio de Benedictinos de Sant Pere de la Portella.

Sin pérdida de tiempo, como quien construye apresuradamente trincheras para la defensa, anunciaron en el periódico carlista «El Restaurador Catalán» del 13 de octubre de 1838, la apertura del nuevo curso con el siguiente aviso: «En el próximo año escolar seguirá como en el anterior la enseñanza pública de la Universidad de Cervera».

En la alocución firmada por el Rector se expresa en los siguientes términos la apertura del curso de la que entresacamos algunos párrafos, copiados de una obra del historiador Sagarra:

«Don Bartolomé Torrabadella, Catedrático de Cánones y Rector de la Pontificia y Real Universidad de Cervera, individuo de la Real Junta Gubernativa del Principado de Cataluña y Subdelegado del Excmo. Señor Obispo de León en esta Provincia:

Hacemos saber que, por disposición del Excmo. Sr. Comandante General de este Ejército y Principado, de acuer-

XIII. LA FACULTAD DE MEDICINA RESTAURADA Y EL HOSPITAL DE LA SANTA CRUZ.

En 1838 quedó instalada nuevamente en Barcelona la Universidad literaria, ocupando el edificio medio arruinado, que como habíamos mencionado había sido convento de religiosos de la Orden de Monte Carmelo. He aquí cómo describe la Universidad, Conrado Roure, un testigo de la época :

«El edificio no presentaba una gran solidez, pues sobre que la parte de la construcción databa del siglo XIII, el incendio que destruyó su iglesia el 25 de julio del año mencionado lo había deteriorado, en general y en gran manera, y los remiendos que precedieron a su habilitación fueron más bien aparentes que eficaces.

El piso de las aulas de la planta superior no era todo lo plano que convenía a la buena seguridad de las mismas y los techos inferiores flaqueaban, por lo que años más tarde tuvo que ser abandonado. Su derrumbamiento puede decirse que fue más bien cosa espontánea que preparado por la mano del hombre.»

En su destino universitario las dependencias del ex convento hallábanse distribuidas en la forma siguiente :

«A pocos metros de la entrada de acceso al edificio, contigua a la abandonada iglesia, había un patio rodeado por un doble piso de claustros, cuyas crujías daban entrada a las distintas aulas pertenecientes al Instituto de Segunda Enseñanza y a la Escuela Industrial Barcelonesa. Patio y claustros pertenecían a la construcción primitiva del edificio y los capiteles y forma de los arcos delataban su vetusto origen.

Siguiendo hacia el fondo del edificio se entraba a un segundo patio, rodeado también de claustros en los dos pisos, de construcción más moderna. Este patio era el de las Facultades de Filosofía y Jurisprudencia, cuyas aulas hallábanse contiguas al mismo.

Por el extremo de este patio se pasaba, por una pequeña puerta, a un tercer patio, o más bien huerto, rodeado de edificación, pero sin claustros, en el que se hallaba instalada la Facultad de Farmacia.

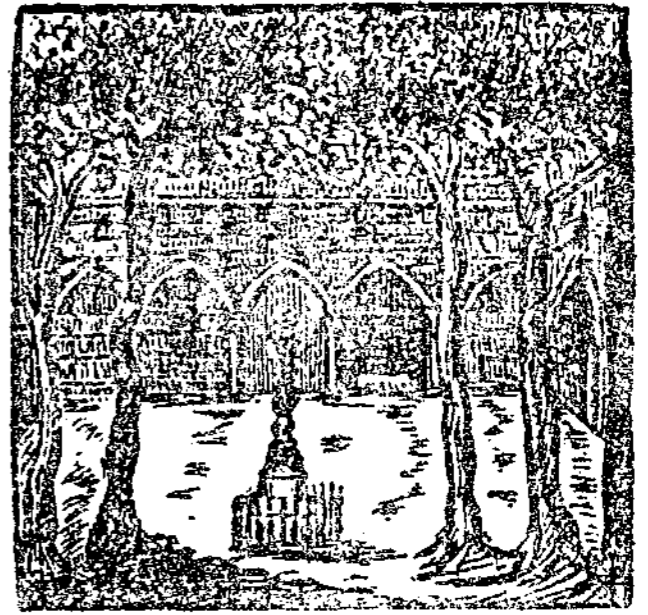
En el edificio de la Universidad Literaria cobijábanse, pues, las Facultades de Filosofía, Jurisprudencia y Farmacia, el Instituto de Segunda Enseñanza y la Escuela Industrial Barcelonesa.»

Exactamente, delante de este edificio estaba emplazada la Facultad de Medicina, la cual vino a albergarse en el antiguo Colegio de Cirugía, colindante con el Hospital de la Santa Cruz.

La Facultad de Medicina no tenía hospital propio, y para llevar a cabo la enseñanza de la Clínica, la administración del Hospital de la Santa Cruz le cedió un cierto número de camas de sus servicios. Así, el servicio de Ginecología contaba con siete camas más alguna destinada a enfermas distinguidas. Las clínicas de Medicina y Cirugía disponían de un número mayor, pero no muchas más. Y así trabajaban, entremezclados, los médicos del Hospital con los Profesores Universitarios. La Facultad vivía, pues, como un modesto realquilado, disponiendo sólo de un corto número de camas para atender, insuficientemente, a las necesidades de la enseñanza práctica. Las clases teóricas se explicaban en el Colegio de Cirugía colindante. La impresión deprimente que causaba en aquellas calendas el Hospital de la Santa Cruz, queda reflejada en estas impresiones que entresacamos del mencionado libro de Conrado Roure :

«El Hospital de Santa Cruz era hospital "general de enfermos, expósitos y maníacos". De manera que, en su recinto, no sólo había hospital quirúrgico y terapéutico y dispensario, sino que además existía, también, maternidad, lactancia, manicomio y casa de convalecencia. En el Hospital se recibían toda suerte de enfermos, tanto de la provincia como de la Península y aun del extranjero.

En la época que describo era un establecimiento, en verdad, indigno de una urbe de la modernidad de Barcelona, no sólo por sus discutibles condiciones de salubridad e higiene, sino, además, por el abuso que de su cabida y



El patio del Hospital de la Santa Cruz

de sus rentas se hacía. Una y otras eran escasas para la afluencia de dolientes que al Hospital acudían y pocos alcanzaban la salud que en él buscaban, pues eran deficientes los servicios e insuficiente o poco nutritiva la alimentación que en el mismo se repartía a los enfermos.

Los maníacos, mejor que en una casa de curación, estaban encerrados en verdaderas mazmorras húmedas y nauseabundas y eran cuidados por expósitass mayores, castigadas a realizar tal tarea por alguna falta grave. De manera que a los dementes, sobre la pena que a sus vidas pesaba, caíales la todavía más cruel de hallarse en el Hospital de Santa Cruz bajo un trato inclemente.

En el Hospital, mejor que un centro para la curación de los que en él se refugiaban, por una mala entendida utilización, era más bien un lugar de retiro, en donde se acumulaban todas las miserias de la ciudad, no para ser remediadas, sino para que no fueran vistas por el resto de los ciudadanos.

Yo, que era entonces muy joven, me asombraba de la falta de humanitarismo que en el Hospital imperaba, pero hoy, que soy viejo, me asombro todavía más al recordarlo.

Al ocuparme de mis visitas al Hospital recuerdo a un demente pacífico, que por los patios y salas paseaba sin molestar a nadie y sin que nadie le molestara. Era poeta, según decía, y su única manía estribaba en escribir con tiza sus composiciones en las paredes de los lugares más visibles.

En el Hospital visitaba un doctor llamado Tusell, al que el loco poeta, tenía entre ceja y ceja. El doctor Tusell era cazador, afición que, por lo visto, el demente no desconocía, pues una mañana apareció escrito en las paredes del «Corralet», que así se llamaba popularmente el depósito de cadáveres, el siguiente epigrama :

“Ay, Tusell, Tusell, Tusell,
que en mates més amb la ploma
que no pas amb el fusell!”.

Dos grandes instituciones, la Facultad de Medicina y el Hospital de la Santa Cruz, vivieron muchos años en un mismo edificio. Los Médicos del Hospital y los Profesores de la Facultad trabajaron codo a codo durante mucho tiempo. Y como siguiendo a una ley física de difusión, ello tuvo una repercusión favorable y recíproca. Esta mezcla de moradores imprimió carácter a cada uno de los ocupantes, que procedía de la influencia de su vecino. Y el día que la Facultad de Medicina dejó el edificio de la calle del Carmen, quedó prendido en los médicos del Hospital mucho del espíritu universitario de sus colegas.

Desde entonces existe, a mi entender, una escuela de Medicina, extrauniversitaria, que ha dado profesores libres tan relevantes como fueron Alvaro, Pedro y Francisco Esquerdo, Hernández Luna, Barraquer, Freixas, Ribas y Ribas, Corachán y Gallart Monés.

Frente al Hospital de la Santa Cruz hallábase emplazado, como hemos referido, el edificio de la Universidad Literaria de Barcelona.

XIV. GESTION Y DECRETO DEL HOSPITAL CLINICO DE BARCELONA.

Desde la instalación de la Facultad de Medicina en el antiguo Colegio de Cirugía, dejábase sentir la falta de una enseñanza práctica eficaz. Ya hemos indicado que el vecino Hospital de la Santa Cruz cumplía esta función, pero de manera rudimentaria e insuficiente. Con pocas camas contaban los Profesores clínicos para las clases prácticas. El deseo de poseer un Hospital universitario propio era anhelo sentido desde hacía tiempo. Corresponde al doctor Carlos de Siloniz buena parte del mérito de haber llevado a cabo una gestión cerca de los poderes públicos y haber dado cima, con éxito, a esta empresa.

Carlos de Siloniz, catedrático de Anatomía, había nacido en Cádiz y residió en nuestra ciudad hasta su muerte. Sus restos reposan en uno de los cementerios de nuestra capital. Era soltero y vivió siempre en casa de los señores Espinós, abuelos del Dr. Pedro Nubiola.

Era un andaluz fino y ocurrente. En una ocasión examinaba a un alumno de la asignatura de Anatomía, al que había preguntado la descripción de los músculos del antebrazo derecho. Los músculos no salían, pero el alumno consternado iba sobando y percutiendo su antebrazo en flexión y supinación. Al fin Siloniz le atajó rápido: «¡Más músculos y menos morcilla!»

Siloniz, para lograr la admisión y aprobación del proyecto de la nueva Facultad y Hospital Clínico, acudió a todas sus amistades influyentes. Interesó en ello al Rector de la Universidad, Dr. Julián Casañas, y entre otros apoyos en la esfera política madrileña, contó con la colaboración eficaz y entusiasta de don Juan Magaz.

Primeramente hacía falta contar con el terreno, a cuyo efecto fue elegido el solar que ocupa actualmente nuestra Facultad y Hospital Clínico. Se interesó a las Corporaciones Municipal y Provincial para su compra, haciéndola por partes iguales, y pagándolo en dos plazos. El terreno ocupaba la extensión de dos manzanas, lo que equivale a unos 500.000 palmos cuadrados, costando el total la suma de 208.666 pesetas y 86 céntimos, o sea, a menos de dos reales el palmo.

Finalmente, a primeros de febrero de 1892, don Juan Magaz, en carta fechada en Madrid, escribe al Decano: «Amigo Siloniz: acabo de ver el presupuesto del Ministerio de Fomento, terminado ya para remitirlo al de Hacienda y he tenido el gusto de ver incluida entre las construcciones civiles, citándola nominalmente, la nueva Facultad de Medicina y Hospital Clínico de Barcelona.»

El presupuesto de la edificación fue evaluado en cinco millones de pesetas, aparte las 208.000 que costaron los terrenos. Desde esta fecha histórica deben transcurrir aun quince años hasta que los nuevos edificios estuvieran en condiciones de ser ocupados. Siloniz tuvo una eficacísima actuación para la aprobación del proyecto y fue verdaderamente lamentable que se desconocieran sus desvelos por los mismos contemporáneos. El episodio que vamos a relatar lo pone de manifiesto.

Las dificultades para obtener una enseñanza práctica y eficaz, dieron motivo a una algarada estudiantil, que secundaba así la actitud de don Andrés Martínez Vargas, catedrático de enfermedades de los niños. Lo cierto es que ello motivó una injustificada repulsa para el Decano, el Dr. Siloniz, que fue abucheado y objeto de una pita formidable que le acompañó por la calle del Carmen y Ramblas.

Parece ser que esta actitud levantisca del alumnado contra su Decano fue en parte obra de Giné y Partagás. He aquí cómo refiere el hecho y sus antecedentes Jaime Peyrí, entonces estudiante en la Universidad del curso de ampliación: «Pasadas ya las fiestas de Colón, un buen día de noviembre de 1892, nos enteramos de que en la calle del Carmen, es decir, en la Facultad de Medicina, había motín. Los chicos de ampliación, instigados por los

rezagados, acudieron en auxilio de nuestros hermanos de la Facultad de Medicina, y ya nos tienen descendiendo por la calle de Pelayo, para ir por la de Ramalleras al Hospital; en la calle de Pelayo vimos a un buen señor de cerca de 80 años que era silbado e insultado por una manada de chicuelos y otra de otros más crecidos que le rodeaban y a los que se sumaron los de la Universidad: aquel señor era el Decano de la Facultad de Medicina don Carlos Siloniz; el espectáculo era desagradable, burdo y hasta con puntos de cruel». A fin de abreviar la substancial transcripción de Jaime Peyrí diremos que el origen de tal batiburrillo fue debido a que, el entonces recién llegado Catedrático de Pedriatría Martínez Vargas, se negó a hacer clase sin enfermos; y sus razones, la verdad justas, le dieron una fama con acompañamiento de soflamas ofensivas y defensivas.

Desde este acontecimiento las relaciones entre Siloniz y Giné fueron tirantes. Como prueba de ello tenemos una correspondencia entre Siloniz y Giné. Lástima que la falta de espacio, contra la que hemos de luchar, nos lo impida. Estas cartas, sacadas del archivo del Dr. Siloniz, que estaban guardadas por nuestro entrañable Pedro Nubiola, y ahora en manos de su hijo a quien le agradezco la gentileza de habérmelas mostrado, indican claramente la tirantez de relaciones que existían entre los dos decanos, y que se transparentan de manera diáfana a pesar de los términos corteses en que están redactadas.

Por aquellas fechas la Facultad de Medicina contaba con un buen profesorado. He aquí cómo comenta algunas de sus personalidades don Santiago Ramón y Cajal, que ocupaba entonces la Cátedra de Histología: «Entre los comprofesores con quienes me ligaron lazos de afecto sincero, recuerdo a nuestro excelente Decano Dr. Juan Rull, profesor de Obstetricia; al simpático Dr. Campá, que acababa de trasladarse desde la Universidad de Valencia; a Batllés, catedrático de Anatomía, orador colorista y fluentísimo; al anciano y benemérito Siloniz, un andaluz a quien treinta años de permanencia en Barcelona no habían quitado el gracioso acento gaditano; a Coll y Pujol, enclenque y valetudinario entonces, pero que ha alcanzado los setenta sin jubilarse; a Pi, maestro de Patología General, una de las cabezas más reflexivas y equilibradas de la Facultad; a Giné Partagás, orador brioso y publicista fecundo y agudo; a Valentí, profesor de Medicina Legal, expositor sutil, pero algo desconcertante y paradójico; al Dr. Morales, prestigioso cirujano andaluz, a quien los barceloneses llamaban «el moro triste» por su aspecto de Boabdil destronado; a Robert, clínico eminente, luchador de palabra precisa e intencionada, que, andando el tiempo, debía sorprendernos a todos dirigiendo el nacionalismo catalán y proclamado «urbi et orbe» un poco a la ligera la tesis de la superioridad del cráneo catalán sobre el castellano; opinión desinteresada, pues además de gozar de un cráneo pequeño, aunque bien amueblado, había nacido en Méjico; en fin, el simpático Bonet, quien gracias a su viveza y habilísima política, llegó a rector de la Universidad, a senador y hasta a barón de Bonet.»



Santiago Ramón y Cajal

XV. CAJAL EN BARCELONA.

Merece párrafo aparte el paso de Santiago Ramón y Cajal por nuestra Facultad de Medicina. A mi entender conviene desvirtuar, hasta cierto punto, las afirmaciones que Jaime Peyrí inserta en sus «Apuntes de un estudiante de medicina ochocentista» que, dicho sea de paso, son una sabrosa crónica del vivir de aquellos tiempos. Peyrí hace referencia a Cajal en los siguientes términos: «El año anterior ---1893--- Ramón y Cajal había ido a explicar Histología a Madrid. Un poco más de pulidez y ofrecimientos de un buen lugar, habrían podido retener a don Santiago en Barcelona y aquí hubiera sido lo que fue en Madrid su famosa escuela de Histología.» La lectura de este párrafo produce pena y nos duele que Cajal lo pasara malamente entre nosotros. Luego añade en otro párrafo: «El conserje de la Facultad nos explicaba las penurias de la familia de don Santiago y sus paseos por el muelle comiendo 10 céntimos de cacahuets; esta era la palma del sacrificio que sublimaba su noble figura.»

Este párrafo un poco melodramático e ingenuo no significa ni que don Santiago sufriera hambre ni desesperación, sino que traduce la naturalidad y la campechanía de don Santiago, que prefería a otras diversiones sus divagaciones solitarias comiéndose unas docenas de aquellas sabrosas leguminosas de cápsula dorada y crujiente que hoy no son desdeñadas ni en los cocteles más aristocráticos y mundanos.

Afortunadamente, la interpretación de aquel autor no está justificada. Y a fin de dejar las cosas en su lugar, nada mejor que referirse textualmente a los capítulos que Cajal dedica a su estancia en Barcelona y que entresacamos de su obra «Recuerdos de mi vida». Con ello no podemos apelar a mejor testimonio. Escribe así don Santiago: «Promediado el año 1887 fue reformado el plan de enseñanza médica. La asignatura de Histología Normal y Patológica que figuraba en el Doctorado quedó incorporada al período de licenciatura.»

Habiendo tocado a turno de concurso las vacantes de Barcelona y Zaragoza, Cajal eligió la primera.

Llegado a Barcelona sigue relatando: «Preocupado como siempre de no turbar la ecuación entre los gastos y los ingresos, me instalé modestamente en una casa barata, de la calle de la Riera Alta, próxima al Hospital de la Santa Cruz. Ulteriormente y contando ya con otros emolumentos (los proporcionados por algunos médicos deseosos de ampliar en mi laboratorio sus conocimientos histológicos y bacteriológicos), me mudé a la calle del Bruch, a cierta casa nueva y relativamente lujosa. En ella dispuse de una hermosa sala donde instalar el laboratorio y de un jardín anejo, muy apropiado para conservar los animales en curso de experimentación.»

Que no pasó desapercibido en Barcelona don Santiago lo indica la enumeración de algunos de los alumnos, que recibieron sus enseñanzas en aquella casa nueva y relativamente lujosa, situada en el ensanche, con un jardín anejo. He aquí cómo continúa su relación: «Allí recibieron enseñanza micrográfica, entre otros jóvenes de mérito, Durán y Ventosa, hijo del ministro Durán y Bas; Pi y Gibert, que hizo brillantes oposiciones a cátedras de Histología y publicó algún trabajo en mi Revista; el malogrado Gil Saltor, futuro Profesor de Histología en Zaragoza y de Patología externa en Barcelona; Bofill, que llegó a ser, andando el tiempo, un buen naturalista; Sala Pons, que publicó años después algunas investigaciones interesantes sobre la estructura del cerebro de las aves y la médula espinal de los batracios, etc.»

Que Cajal se hallaba bien entre nosotros se descubre al leer: «Dada la proverbial cortesía catalana, huelga decir que en mis compañeros de Facultad hallé sentimientos de consideración y respeto.» Luego continúa: «Gracias a la benevolencia del Doctor Rull —entonces en funciones de Decano— conseguí una sala relativamente capaz, destinada a las manipulaciones y demostraciones de Histología y Bacteriología, amén de un buen microscopio Zeiss y de algunas estufas de esterilización y vegetación. Contando con alumnos poco numerosos pero muy apli-

cados y formales, pude, no obstante la pequeñez del laboratorio, dar una enseñanza práctica hasta más eficaz que la actualmente dada en Madrid.»

En el párrafo siguiente describe cómo se formaron en nuestra Facultad sus conocimientos prácticos de Anatomía Patológica.

«Novato todavía en los conocimientos de Anatomía Patológica, tomé a empeño adquirir conocimientos positivos en esta rama de la Medicina, haciendo autopsias e iniciándome en los secretos de la patología experimental. Por fortuna, los cadáveres abundaban en el Hospital de la Santa Cruz. Pasábame diariamente algunas horas en la sala de disección, recogía tumores, exploraba infecciones, cultivaba microbios y sobre la base de algunas piezas interesantes llevaba adelante mis estudios sobre el sistema nervioso del hombre. Casi todas las figuras relativas a la inflamación, degeneración, tumores e infecciones, incluidas en la primera edición de mi "Manual de Anatomía Patológica General", son copias de preparaciones efectuadas con aquel rico material necrópsico». La ejecución de estos trabajos y la redacción del citado libro fueron la principal tarea del año 1887 y comienzos del 1888. De estos mismos años datan los trabajos fundamentales de Cajal acerca la estructura del cerebelo, de la médula espinal, de la retina, de los husos musculares, del lóbulo óptico de las aves, etc. Bien puede decirse que la histología del sistema nervioso nació en la Facultad de Medicina de Barcelona, y que su progenitor fue Cajal.

Hasta qué punto representa su estancia entre nosotros una de las fases más prolíficas del maestro, nos lo refiere de la siguiente manera: «Una fiebre de publicidad me devoraba. A fin de exteriorizar mis pensamientos servíme al principio de cierta revista médica profesional, la «Gaceta Médica Catalana». Pero en rápido crescendo la marea ideal y la impaciencia por publicar, este cauce me resultaba estrecho. Decidí publicar por mi cuenta una nueva revista, la «Revista trimestral de Histología normal y patológica». El primer cuaderno vio la luz en mayo de 1888. Naturalmente, todos los artículos, en número de seis, brotaron de mi pluma.»

A esta fiebre de producción científica oponía justo solaz espiritual don Santiago, en la tertulia del Café de Pelayo trasladada después a la Pajarera de la Plaza de Cataluña. Amaba Cajal las charlas de café y tampoco éstas le faltaban en Barcelona. El mismo las describe así: «Preponderaban en la tertulia y ello era bueno, médicos, literatos y hombres de negocios.» Entre ellos cita a Lozano, catedrático de Física; Castro Pulido, profesor de Cosmografía; Villafañé, defensor de una estafalaria teoría filosófica sobre el átomo pensante; Doménech, catedrático de Geometría; Sedó, Pablo Calvell, dotado de finísimo ingenio satírico; Bonet, entonces boticario en Gracia y más tarde profesor de la Facultad de Farmacia de Madrid y Odón de Buen, profesor de Historia Natural.»

Las sociedades médicas científicas de la ciudad acogieron a Cajal con fervor y entusiasmo. Invitado a dar unas Conferencias en la Academia de Ciencias Médicas de Cataluña, escribe así acerca de sus resultados: «Del éxito inesperado de estas lecciones, que se tradujeron inmediatamente al francés, inglés y alemán, diré algo más adelante.»

En 1892, Cajal, tras concurrir a unas oposiciones que ganó por unanimidad para la vacante de Histología de la Universidad de Madrid, pasó a aquella capital.

Que se le quería en Barcelona lo demuestra el siguiente comentario: «Entre mis comprofesores de Barcelona produjo la noticia de mi triunfo agradable sorpresa, mezclada con algo de contrariedad. Parecióme advertir en algunos colegas cierto descontento por no haber dado oportunamente algún paso encaminado a retenerme indefinidamente en la capital catalana. Fue acaso mi estimado amigo Batlles y Bertrán de Lis, quien mostróse más disgustado con mi traslado a la corte, pues tenía empeño en crear para mí en el Laboratorio Municipal una plaza de

nificaba, no dejó de trabajar con la misma vocación, desplegando en todas sus actividades una energía y voluntad admirables.

Dentro de las especialidades debo recordar al profesor Barraquer que poseía unas condiciones didácticas extraordinarias. Al profesor Martínez Vargas, catedrático de Infancia, del que ya hemos hablado y del que se han contado un sinnúmero de cosas sobre su carácter más bien difícil y agresivo. Pero como sea que tuve ocasión de tratarle personalmente a raíz de una dolencia, conociéndole mejor descubrí que era un hombre leal con sus amigos, implacable con los contrarios, muy sensible y sentimental y dotado de una ternura con los suyos que pocas veces he visto superada.

No voy a referirme al Dr. Nubiola porque su memoria sigue viva entre nosotros, en lo mejor de nuestro recuerdo. Fui su alumno en el primer curso que explicó de Obstetricia después de recientes oposiciones. Su clase, eminentemente práctica, consistía en los comentarios que suscitaba cada una de las pacientes que eran presentadas; fue un maestro generoso, más atento a formar escuela que a su medro e interés personal.

El profesor Bonafonte, catedrático de Ginecología, era hombre de agudas ocurrencias que contrastaban con su carácter y apostura extremadamente serios. Su anecdotario es riquísimo. Pero aquí sólo interesa recoger que era un gran ginecólogo, de diagnóstico seguro y preciso.

El Dr. don Antonio Salvat, catedrático de Higiene, vino a ocupar la vacante del Dr. Rodríguez Méndez. Dotado de gran cultura, es autor de un notable tratado de Higiene que he consultado siempre con un gran provecho.

Otro profesor que recuerdo con singular admiración es don Jaime Peyrí. Explicaba Dermatología y Sifilografía con auténtica vocación e interés. No sorprendimos en él al expositor cansado y pasivo, que va a dar clase por obligación, como de oficio, sino al profesor encandilado con los problemas de la clínica que sentía y sabía transmitir a sus seguidores. Poseía, además, una cultura humanística poco común, que le permitía leer a los clásicos latinos en su lengua original; escritor de historia y humanidades médicas, tenía un estilo elegante y pulido que hacían de él un maestro más superior con la pluma que con la palabra.

Al doctor Saforcada se le debe mucho. En las lecciones de Psiquiatría, que aún no he olvidado, demostraba su gran preparación. Con ello llenaba entonces un verdadero vacío. Sin éstas lecciones decenas de promociones médicas no tendrían cabal idea de lo que es un enfermo mental.

A los catedráticos de Patología Médica les conocí mejor porque asistía asiduamente a sus lecciones. En los primeros cursos de Medicina tuve al profesor Martín Vallejo Lobón, un caballero burgalés, acendrado católico, que explicaba la asignatura como un misionero. Preparaba meticulosamente sus clases teóricas, que eran cuatro a la semana, y dedicaba dos días a lecciones clínicas. De una probidad y rectitud ejemplares, Vallejo era el maestro atento a formar los alumnos con un celo y vocación paternales. Era severo y justo en las pruebas de examen y es de rigor proclamar que su enseñanza dio óptimos frutos.

El doctor González Prats era otro titular de la asignatura. Conocí sólo su figura apostólica, con larga barba y sus facciones inteligentes y cordiales, departiendo amistosamente con los alumnos. Tenía por costumbre no cobrar honorarios en la mayoría de sus visitas y nunca cuando era llamado en consulta. No poseía bienes de fortuna y en los últimos años vivía exclusivamente de su sueldo de Catedrático.

He dejado expresamente al final de este rápido y a la vez resumido bosquejo la figura del doctor don Francisco Ferrer Solervicens. Porque a él le debo mucho de lo que he aprendido y porque quizá fue la personalidad médica más extraordinaria de su tiempo. Si mi afecto hacia él le convierte en mi personaje predilecto debe, me parece, perdonárseme porque nunca ha sido censurable a mar a los maestros.

He escrito acerca de él en más de una ocasión y hoy como ayer me parecen justos los conceptos vertidos acerca de su personalidad y de su obra. Era el profesor adjunto de don Martín Vallejo, y fue nombrado catedrático en 1926; le recuerdo en su época de auxiliar organizando cursillos por las tardes durante los meses de verano. Sobresalía por su gran capacidad en la exploración clínica y en la exposición de los síntomas, cualidad ésta que hizo de él el maestro insuperable de propedéutica clínica. Toda la eficacia de su enseñanza dimanaba del equilibrio y ponderación entre la clínica y los hallazgos anatomopatológicos. Practicaba él mismo las autopsias, haciéndolas con la misma meticulosidad que acostumbraba en la exploración del enfermo. Su formación de histólogo le permitió encartar por él mismo y de modo poco común la naturaleza de las lesiones halladas.

Durante toda su vida profesional, su vocación por la enseñanza fue casi pasión irrefrenable. En primer lugar hizo discípulos a los que más tarde convirtió en amigos. Su sinceridad le apartó siempre de aquellos a los que guiaban otros intereses que no eran los de la enseñanza. Sus clases fueron siempre modélicas por la exposición ordenada con que distribuía la materia, basándose siempre en el hecho vivo del síntoma, del hallazgo exploratorio, en cuyo comentario se extendía luego concienzuda y ampliamente. Ante los discípulos sabía aprovechar los errores y elevarlos a la categoría de enseñanzas. Entraba en el alma de sus oyentes adueñándose de ella, por el solo camino de la verdad y el dato objetivo. Sus diálogos con los alumnos eran de eficacia didáctica ejemplar. Ferrer quedará siempre como el mejor maestro de nuestra Facultad, que supo desbastar como nadie la masa informe de los principiantes para modelarla y dirigirla hacia perspectivas más concretas y elevadas.

Los defectos que aparentaba emanaban de sus virtudes. Su modestia nos lo mostró huidizo y poco apto a las exhibiciones en Academias y a los torneos dialécticos de los Congresos. Era un místico que dedicó toda su existencia a los enfermos y al noble empeño de instruir a las generaciones médicas.

La vida médica universitaria, que hoy nos ha llevado al presente trabajo, va prosiguiendo y así será hasta el fin de los siglos. Dedicar atención, recuerdo y homenaje a los que fueron nuestros maestros antecesores es obligación, es enseñanza y es Historia, también; no somos manantial sino río. Y el saber de hoy es a fin de cuentas obra de los que precedieron. El saber está por encima de todas las circunstancias. Al él debemos dedicarnos. Sólo a él. Porque somos los llamados por designo de la Providencia a guardarlo, acrecentarlo y transmitirlo a los demás y desaparecer cuando nuestra misión de médicos, de hombres, haya terminado.